
CAPÍTULO X.

Uno que habla, otro que oye y una casa que arde.

La casa en que vivía el maestro de obras, es decir, la casa de Juana, hacia esquina, ó lo que es lo mismo, daba á dos calles.

Una tarde, pocos días después de ocurrido lo que acabamos de ver, al volver esa esquina se encontraron dos hombres boca á boca y mano á mano; esto es, manos á boca, y aunque al parecer uno y otro llevaban mucha prisa, se detuvieron, se saludaron y emprendieron una de esas conversaciones en que tan fácilmente se enredan dos hombres al volver de cualquiera esquina, con tal que uno y otro se hayan visto alguna vez en alguna parte y hayan hablado alguna vez de algo.

Ninguno de los dos ofrecía nada de particular, ni en sus personas ni en sus vestidos: pertenecían, por lo visto, ambos al vulgo de las gentes, á ese vulgo sensato y pacífico, que vive entre la plebe á quien desprecia, y la aristocracia á quien envidia; que no es en el cuerpo social ni los piés ni la cabeza, y que por lo mismo viene á ser el estómago. Pertenecían ambos, como digo, á lo que rigurosamente hablando se llama la clase media.

La conversacion era animada; uno á otro se quitaban las frases de la boca, y aquel diálogo parecía interminable.

Uno de ellos se apoderó al fin de la palabra, y hablaba de tal manera, que su interlocutor, no pudiendo *meter baza*, se resignó pacientemente á oír y callar, sólo tomaba parte ingiriendo de vez en cuando uno de esos monosílabos mudos que expresamos por medio de movimientos de cabeza, de gestos y de ademanes; monosílabos mudos, que el otro traducía inmediatamente pronunciándolos, como un hombre resuelto á hablárselo todo.

Aquel hombre echaba por la boca una especie de solitaria, cuya cabeza no salía nunca, y no había manera de cortar el hilo interminable de sus palabras.

Por supuesto, con aquel hilo era imposible atar nada.

El otro comprendió que aquello iba largo, pues estaba oyendo el relato de un negocio que hubiera sido la fortuna de aquel hablador incansable, pero que—vean ustedes lo que son las cosas—había sido su ruina.

El relato era un lío de pormenores, un enredo de incidentes. El hilo entraba y salía, volvía á salir y volvía á entrar; se anudaba, se retorcia, formando una verdadera maraña.

Allí había contado *c* por *b* un viaje, el vuelco de una diligencia, una disputa, un encuentro inesperado.

Allí había diálogos referidos con puntos y comas, cartas leídas de memoria desde la cruz á la fecha, entrevistas relatadas de *pe* á *pa*.

El que oía todo esto era un héroe, pero el heroísmo tiene también sus límites, y llegó un momento en que el hombre bostezó

abriendo desmesuradamente la boca, en lo que podía haber una súplica y podía haber una amenaza.

Podía ser un modo de decir: «Caballero, toda esta boca es mía.»

Podía ser también una manera de manifestar su impaciencia diciendo: «Amigo mío, voy á concluir por tragármelo á usted.»

Pero el que hablaba no tenía tiempo para reparar en aquellos bostezos, y seguía su copiosa narración con la misma imperturbabilidad con que el grifo, una vez abierto, suelta el chorro del agua contenida, que sale haciendo borbotones.

Era caso de tomar una determinación; y el hombre que oía, tomó una, suprema, definitiva, heroica. Apoyó resueltamente la espalda sobre la esquina, como si se preparara á un gran esfuerzo, cruzó los brazos sobre el pecho como si de ese modo quisiera recoger todas sus fuerzas, y levantó los ojos hasta el alero del tejado de la casa que formaba la esquina de enfrente, como diciendo: «Ahora habla hasta que revientes.»

Ante esta actitud resuelta, el otro se acer-

có más á su enemigo, apoyó su bastón contra la pared, el cuerpo contra el bastón, y siguió imperturbable; se había arrojado, por decirlo así, sobre su presa, con todo el ademán del que interiormente dice: «Ahora verás», y siguió la lucha con mayor encarnicimiento.

Se ha hablado bastante de la batalla de Waterloo, y todavía se hablará mucho: los cuadros formados por la infantería inglesa serán memorables, las cargas de la caballería imperial no se olvidarán hasta después de mucho tiempo.

Aquellas murallas de hombres que se deshacían, y aquellos torrentes de espadas que se estrellaban, serán eternos en la memoria de los hombres. Wellington asomará por el agujero de la historia su impasibilidad heroica, y Napoleón su gloriosa desgracia.

Aquí, en esta esquina, donde el lector y yo nos hemos encontrado, se está dando en pequeño una gran batalla, de que la historia no tiene noticia, ni la tendrá nunca.

Aquí hay dos hombres frente á frente, que luchan con formidable empeño; el uno

cruza sus brazos, se apoya contra la pared y espera á su enemigo; esto es, forma el cuadro; el otro lanza su innumerable caballería á todo el escape de su lengua.

Aquí, como en Waterloo, se va á ver quien puede más, si es el que oye ó el que habla.

Aquí, como allí, se ventila la misma cuestion; esta cuestion eterna: tú ó yo.

Un Waterloo se encuentra al volver de cada esquina.

Wellington diria: «dejémosle que se agote.»

Napoleon debia decir: «No lo dejemos respirar.»

Estos dos hombres procedian del mismo modo.

Uno, imitando á Wellington decia: «Habla.»

El otro, imitando á Napoleon, decia: «Oye.»

El uno, impasible; el otro, impetuoso; ambos, formidables.

Wellington, frio como la nieve; Napoleon, brillante como el rayo.

Del choque de esta piedra y de este acero

brotó una chispa: la batalla de Waterloo.

Aquí, apoyando la espalda contra la esquina, está toda la impasibilidad de Wellington; aquí, acometiendo á su enemigo, apoyándose en su baston como el otro en su espada, está, digámoslo así, todo el poder de Bonaparte.

¿Qué habia en Waterloo?

Por una parte cien mil hombres decididos á no huir.

Por otra parte cien mil hombres resueltos á vencer.

¿Quién era Napoleon?

Debemos decirlo: Un gigante; Goliat, por ejemplo.

¿Quién era Wellington?.....

¿Era acaso David?

No, ni la honda siquiera; no era más que la piedra.

¿Por qué perdió la batalla de Waterloo el primer general del mundo y el primer ejército de la tierra?

¿Por qué? En primer lugar, porque llueve; en segundo lugar, porque á Ney se le ocurre ser perezoso por primera vez de su

vida; en tercer lugar, porque un barranco tendido como una zanja delante de los cuadros ingleses tiene la mala intencion de ocultarse á las miradas del Emperador escondiéndose detras de las ondulaciones del terreno; porque un guía dice que no en lugar de decir que sí; porque un niño coge de la mano al ejército prusiano, que no sabía por dónde iba, y lo pone en el campo de batalla.

Fabricad ahora un peso cuyos platillos sean tan grandes como el mundo; colocad en uno de ellos todo el genio de Napoleon y todo el poder de la Francia, y veréis la balanza inclinarse arrastrada por tan formidable volúmen.

Echad ahora en el otro platillo una á una todas las naciones de Europa, echad ejércitos, echad generales, echad tronos, poderes, majestades; echad, en fin, hasta las mismas pirámides de Egipto, y la balanza no se moverá.

Todo eso no pesa tanto como el pomo de la espada del grande hombre.

Pero echad en ese platillo unas cuantas gotas de agua, un momento de pereza, un

barranco que se esconde en la tierra como todos los barrancos, el *no* de un guía, treinta mil prusianos que no saben por dónde andan, y echad, en fin, un niño que no sabe lo que se hace, y veréis hundirse el platillo bajo el peso de todo esto, y veréis cómo la balanza suspende todo el genio de Napoleon y todo el poder de la Francia cómo si fueran un puñado de polvo, un soplo de aire, un poco de humo.

No pesan más las grandezas de la tierra.

Napoleon decia un momento ántes de la batalla: «De cien probabilidades tengo noventa y nueve.»

Soló una probabilidad le dejaba á la Providencia, y la Providencia lo venció con esa probabilidad sola.

El Dios de la Francia no contaba con el Dios de los ejércitos.

El asombro de Napoleon al verse vencido debió ser tan grande como el de Wellington al verse vencedor.

Estos dos instrumentos de la Providencia se asombrarian de lo que habian hecho, dominados por un mismo asombro.

Aquí, á la vuelta de la esquina, tenemos una especie de Napoleon, inagotable como aquél, invencible como aquél.

A aquél no le faltaba nunca su genio, á éste no le faltaba nunca su lengua.

Aquél lo sabía todo, lo podía todo, lo quería todo; éste se lo habla todo.

Delante de Napoleon no habia más remedio que huir ó doblar la cabeza; delante de este hombre, tal y como se nos presenta, no hay más remedio que oír ó escapar.

No era más ágil la espada de Napoleon que la lengua de este hombre.

Aquí tambien tenemos una especie de Wellington, que se cruza de brazos con la calma del que ha decidido jugar el todo por el todo.

El uno ataca y el otro resiste.

Es una batalla, en la cual se pelea de este modo: el uno, habla que habla; el otro, oye que oye.

Habian cambiado de postura diferentes veces, ya apoyándose sobre un pié, ya apoyándose sobre otro, pero sin abandonar ninguno sus respectivas posiciones.

Este Napoleon lanzaba sobre este Wellington en apiñadas palabras el torrente de su guardia imperial; esto es, toda la historia de su vida; pero Wellington recibia el choque con admirable sangre fría, y los escuadrones de palabras le entraban por un oído y le salian por otro.

Sin embargo, ya iba perdiendo la paciencia; se sentia destrozado por aquel hablar sin peso ni medida; no tenía ya oídos para resistir el choque continuado de tantas palabras, y esperaba que el sol recogiera los reflejos con que iluminaba el ángulo del tejado, donde tenía fija la vista como en un reloj, para emprender la retirada.

De repente se incorpora, y levantando el brazo en la misma direccion de su mirada, señala con el dedo el ángulo del tejado; el hablador, sin dejar la palabra, mira y ve levantarse en el aire una cosa como una pluma, que subia haciendo ondas y que se desvanecia conforme iba subiendo.

Esto detuvo su palabra y lo dejó con la boca abierta.

Entonces su adversario respiró como el

que sale de un pozo, le puso la mano sobre el hombro como si hubiera querido decirle ya eres mio, tomó la palabra y emprendió el ataque.

—Vea V. ; sale por debajo de aquella teja; hace un cuarto de hora que observo con atencion, y he visto eso mismo tres veces: primera, un poco; luégo, más; luégo, mucho más. Vea V. ahora cómo sale; y..... ya escampa; mire V. el tragaluz de aquella boardilla cómo se explica..... ¡Toma! y por más arriba..... y por más abajo.....

Todo esto lo decia en voz alta con el brazo levantado, señalando ya á un punto ya á otro; los transeuntes se detenian y miraban, y en ménos de un minuto se formó en aquella boca-calle un remanso de gente que iba creciendo y agitándose como las aguas de una inundacion.

El hablador, por primera vez de su vida, se habia quedado mudo; todo él era ojos, su lengua habia desaparecido.

¿Qué era aquello?

Aquello era un poco de humo que empezó casi imperceptiblemente á salir por el

ángulo del tejado, que se aumentó despues saliendo á bocanadas por el tragaluz de la boardilla, y que se extendió luégo saliendo por las junturas ya de unas tejas ya de otras.

El hablador seguia mudo, estupefacto; parecia que sus piés se habian pegado á la tierra, que su lengua estaba cosida á su paladar, y al mismo tiempo sus ojos estaban clavados en aquel humo que se levantaba, diciendo: «Esta casa arde.»

Así debió quedarse Napoleon al ver que aquella nube que se extendió de improviso por el horizonte de Waterloo eran los treinta mil prusianos, que se adelantaban como un incendio, y que iban á convertir en cenizas el soberbio edificio del imperio.

El humo crecia y la gente se aumentaba, las boca-calles estaban llenas de curiosos, y de diferentes grupos habia salido ya la palabra *fuego*.

Esta palabra despertó al hablador, que agitó sus brazos buscando una salida entre la gente que lo envolvía cerrándole el paso,

miéntras el otro gritaba: «Es un incendio, es un incendio.»

En aquel momento se rasgó la cortina de humo que flotaba sobre el tejado, y apareció una llama como un relámpago.

Un murmullo sordo se extendió por la multitud reunida en las boca-calles, y los balcones, y las ventanas, y las boardillas se llenaron de semblantes inquietos, y comenzaron las voces, los gritos, los lamentos, la agitacion, el tumulto, el desórden que toda multitud lleva siempre consigo.

Nuestros dos hombres no habian podido moverse del sitio en que estaban envueltos por la masa de gente que llenaba la calle.

Miéntras el uno, como Napoleon en Waterloo, buscando una salida luchaba con la multitud que lo arrastraba, cerrándole el paso por todas partes; el otro, como Wellington en el mismo dia, á la misma hora y en el mismo campo de Waterloo, gritaba: ¡fuego! ¡fuego! ¡fuego!

Los que llegaban por el extremo de la calle empujaban á los que tenian delante, de

manera, que una vez metidos en aquella corriente de cabezas humanas era imposible retroceder.

De pronto cambió la direccion del movimiento; los que estaban delante retrocedieron y empujaron á los que estaban detras; la multitud perdió terreno rechazada por la fuerza de un centinela que acababa de colocarse en aquella boca-calle.

En este movimiento, nuestros dos hombres quedaron en primera fila, y entónçes uno de ellos se lanzó en medio de la calle y se dirigió hácia la puerta de la casa que ardia, pero un segundo centinela lo detuvo y le cerró el paso.

—No se puede pasar, le dijo.

—Yo sí puedo, le contestó, dando un paso hácia adelante.

—Atras, replicó el centinela.

—Yo necesito pasar, gritó el hombre.

—No se puede, replicó nuevamente el centinela; y como si detras de él dejara una muralla que le cerrara el paso, le volvió la espalda y se apoyó en su fusil.

El hombre entónçes dió un salto y avan-

zó hácia la casa; el centinela lo vió y se lanzó á detenerle.

El otro, que permanecía apoyado en la esquina y dueño del campo al ver el empeño que mostraba por pasar, dijo:

—¿Adónde va ese hombre?

Una voz de mujer le contestó:

—¿Adónde ha de ir? á su casa.

—¡Ah! ¿Vive ahí?

—¿Ve V. aquel balcon del piso^o tercero, donde caen ahora esas chispas? pues ahí vive.

Al pobre hablador se le estaba quemando la casa.

En esto retumbó la calle con un ruido semejante al de un trueno, y muchas voces gritaron: las bombas, las bombas.

Hubo un momento de confusion; la multitud se estrujó comprimiéndose contra las aceras, abrió como una especie de zanja en medio de la calle y pasó una bomba.

El hablador, sin sombrero y sin baston, consiguió llegar á la puerta de su casa, pero al poner el pié en el portal, un torrente de vecinos que salian huyendo del incendio, lo

arrollaron y se lo llevaron, arrastrándolo lejos de allí.

El otro, dueño del campo, se restregó las manos, se apoyó nuevamente en la esquina, y dijo:

—Esto va á estar bueno.